El profesor competente será el que sepa aplicar las mañas, por ejemplo, de los presentadores de televisión

AULAS. Las pantallas se instalan en los institutos. Así como la pantalla del televisor se colocó en las casas en el hueco en el que antes estuvo el fuego del hogar, las pantallas del ordenador están colocándose ahora allí dónde antes estuvieron las pizarras. Pantallas grandes, planas y táctiles. A este salto se le llama progreso, y está muy bien, aunque las pizarras nunca tuvieron problemas de conectividad (a lo sumo faltaba tiza o el borrador), mientras que muchas de estas avanzadísimas y carísimas pantallas escolares van a quedarse ciegas porque - según veo en una información del canal 3/24- fallará la conexión a internet en este arranque de curso. Más acá del debate acerca de si la lectoescritura está agonizando ante nuestros ojos (quizá haya sido sólo un paréntesis de 3.000 años en la historia de la humanidad, que fuimos Homo videns y ahora volveremos a serlo), si estas pantallas inanes tapan las viejas pizarras, ser profesor va a ponerse cada día más y más difícil. De todos modos, con pizarras o sin ellas, con pantallas o sin ellas, de mis recuerdos de alumno de encerado extraigo que nada resultaba más determinante a la hora de aprender algo que ese profesor capaz de captar nuestra dispersa atención con el uso de su palabra, de cautivarnos con su arte escénica, con el magnetismo de un relato, sin necesidad de tiza y con todo guardado bajo el pupitre. Así que, a este paso, sin pizarra, sin pantallas, sin libros, sin libretas, a los profesores no les queda más salida que apremiarse en unas prácticas de cuentacuentos, retórica, locución, teatro, artes malabares y acrobáticas, y no es broma. El profesor competente será el que sepa aplicar las mañas, por ejemplo, de los presentadores de televisión que ahora mismo consiguen mantener a miles de telespectadores pendientes de sus cuentos durante horas y horas.